

Lo leo yo primero. Luego vemos. —J.

Si lo encuentras, devuélvelo. Aquí, no: a su dueño.

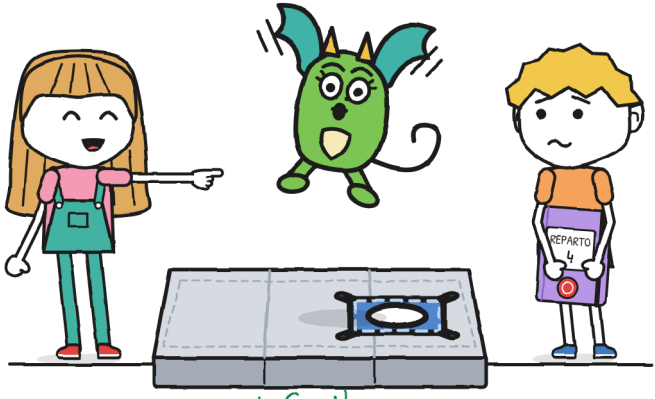


Este sello marca lo que solo pasa en el cuento: los dragones de verdad no existen y los paquetes no vuelven volando. Para jugar en un patio de verdad, mira la última página. —J.

ENTREGAS IMPOSIBLES · 4

¡Aquí no, Miga!

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 4

¡Aquí no, Miga!

Cuarto libro de la serie. Los anteriores: «Este paquete muerde», «No abrir antes del trueno» y «Devuelto, por favor».

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA XL · Novela ilustrada · 13+

Primera edición: 2026

© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

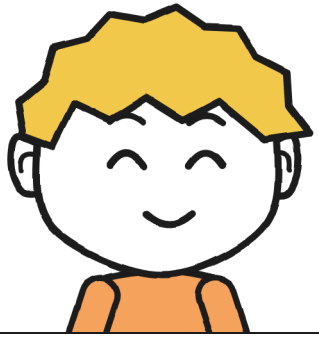
Tipografías: Andika, Patrick Hand, Caveat y Courier Prime (licencia SIL OFL).



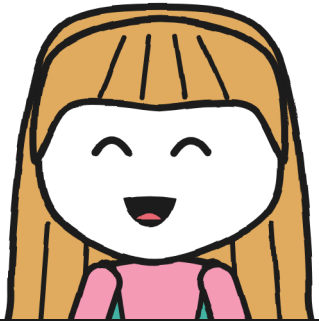
Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún dragón resultó herido durante la escritura de este libro. Un casco, un poco. —J.

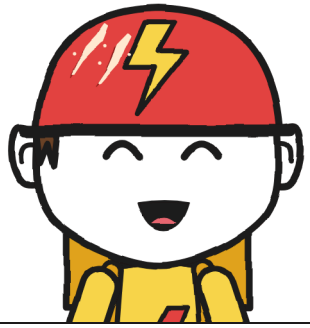
QUIÉN ES QUIÉN



Guni. Repartidor de los sábados. Este cuaderno es suyo. Quiere que Miga vaya hacia él.



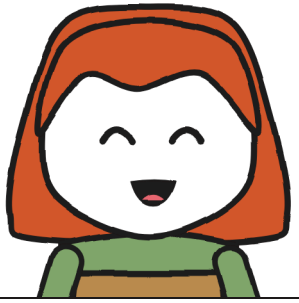
Julita. Escribe en verde y firma J. Siempre tiene una idea mejor. Aunque nadie la pida.



Toño. Reparte para RAYO, en diez minutos o gratis. Desde esta semana, también sabe esperar.



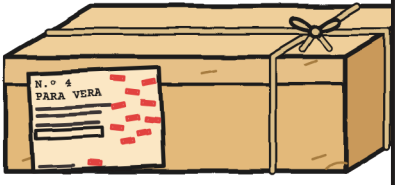
Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Lleva sombrero de bruja. Sabe más de lo que dice.



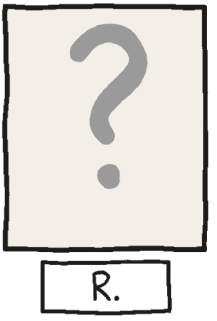
Vera. Cuida los dragones de la Casa de los Dragones. Pone las condiciones.



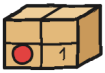
Miga. Una cría de dragón. Ya sabe despegar. Lo difícil es bajar.



El paquete n.º 4. Plano y ancho. En la etiqueta pone: ABRIR EN EL SUELO.



R. Manda los paquetes que nadie consigue entregar. Nadie dice su nombre.



CAPÍTULO 1

Cuatro esquinas

Desde la acera llegó un tilín, y luego otro, cada vez más lejos. Toño se iba a su reparto con la campanilla firme en el manillar, y en la tienda nadie dijo nada hasta que dejó de oírse.

Entonces Mara dejó un cuaderno encima del mostrador, junto al sello, y miró hacia otro lado. Es su manera de dar un cuaderno.

Era lila. Un lila casi del color del sombrero de Mara, que me pareció una indirecta; pero Mara no contesta a las indirectas y yo no pregunto, así que nos entendemos. El cuaderno 3, el verde, se había acabado con una campanilla: en la última hoja quedaban una tabla, una nota verde y ni un renglón libre. Lo cerré y lo dejé en el mostrador con el cuidado con que se guarda un abrigo que ya no te cabe y que no piensas regalar.

El nuevo llevaba el sello de la tienda en una esquina y estaba vacío de punta a punta. Un cuaderno vacío tiene una ventaja: todavía no he metido la pata en ninguna de sus páginas. Dura hasta la primera palabra.

El 2 lo titulé OFICIAL; el 3, SECRETO. Con las dos me pasó lo mismo: apenas las escribía, Julita las leía como quien lee una invitación. Para este busqué una palabra sin rendijas, de las que se cierran como una caja. La ensayé a lápiz en una hoja suelta, con la lengua fuera, y cuando me salió recta me preparé para pasarla a boli.

Julita estaba de pie a mi lado, con el rotulador verde destapado en una mano y la otra levantada, como en clase. Las ganas se le notaban en el codo.

El cuaderno 3 lo había estrenado ella mientras yo iba a buscar una goma, y me contestó «de nada» antes de que yo hubiera dicho «gracias». Con un rotulador sin tapa a medio metro de una página en blanco, lo lógico era que pasara lo mismo.

No pasó. Escribí el título muy despacio, mucho más de lo necesario, para ver cuánto aguantaba. Aguantó. Cuando acabé, le puse el punto, que en una palabra así es obligatorio.

DEFINITIVO.

—¿Ya? —preguntó.

—Ya.

Le dejé el cuaderno. Escribió de pie, deprisa, con esa letra suya que siempre parece llegar tarde a algún sitio:

«Definitivo» significa que lo leo yo primero. Luego vemos. —J.

La leí dos veces. «Definitivo» quiere decir que no admite cambios; «luego vemos» los admite todos. Es una frase con la puerta cerrada y un pie en la rendija. Lo que la nota no dice es que esperó. Eso lo apunto yo.



Lo de siempre, por si algún día lo lee alguien que no sea ella. La tienda se llama Entregas Imposibles y es de Mara, que es bruja, lleva sombrero morado y tiene un sello que, al estamparse, suelta chispas con olor a vela apagada. En la estantería de la izquierda guarda los devueltos: paquetes que nadie ha conseguido entregar, mandados todos por R. Si quien recibe uno no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer el paquete regresa volando a su balda. Eran veinte. Julita y yo hemos entregado tres: un huevo de dragón, unas semillas que corrían y una campanilla. En la pared, con letra verde, pone QUEDAN 17.

El huevo era Miga. Miga ya sabe despegar. Lo que no sabe es dónde bajar.

Ayer bajó en la sopa de Vera.

Vera había venido a pedir ayuda y Toño se la había ofrecido, pero antes tenía un reparto. Así que nos lo contó mientras esperábamos, de pie junto al mostrador, con Miga en brazos y la ramita torcida en el pelo, y lo contó como quien lee una factura. Fue a mediodía. Tenía la mesa puesta —un plato hondo de sopa de fideos, una cuchara, el mantel de cuadros— y levantaba la primera cucharada cuando Miga salió de su nido, cruzó la cocina

con las alas abiertas y cara de saber muy bien adónde iba, y bajó. Con las cuatro patas. Dentro del plato.

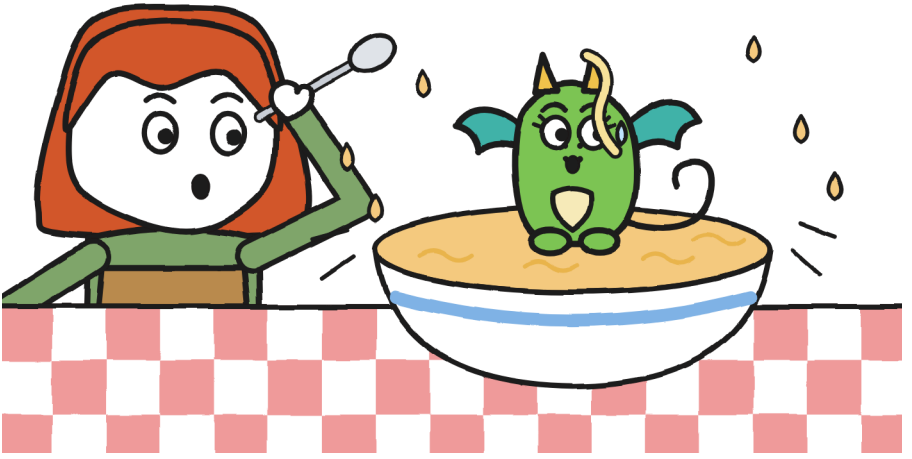
Vera se quedó con la cuchara en el aire, que es donde se queda una cuchara cuando deja de servir para algo.

—Estaba templada —dijo, y fue lo único que dijo.

Miga seguía llevando el fideo colgado de un cuerno, como una medalla de algo que nadie quiere ganar, y me miraba con una cara que reconocí al momento, porque es mía: la de «yo no he sido». Me la copió el primer día y la saca siempre que le hace falta. Me sale muy bien.

La dibujé como me la contaron, sin adjetivos.

LA SOPA DE VERA (ayer)



Sopa de fideos. Con dragón. —J.



Toño volvió en nueve minutos y medio, que en RAYO es llegar con medio minuto de sobra y en cualquier otro sitio es haber corrido. Dejó la bici en la puerta, entró sin quitarse el casco y se sentó en su caja, donde se sienta «de momento».

—Ya sé esperar —dijo—. Pero no hacía falta empezar hoy.

Alguien le había hecho esperar en una puerta. No lo contó; lo contaba el cierre del casco, apretado de más.

Entonces Mara, sin subirse a ningún taburete —ella llega—, bajó un paquete de la balda de arriba y lo dejó en el mostrador.

—Vera. Esto es tuyo.

No dijo «es para ti», sino «es tuyo». Pesa distinto.

Era una caja plana y ancha, del tamaño de una bandeja de horno. En la estantería, donde había estado, quedó un rectángulo sin polvo: el cuarto hueco, junto a los tres de siempre. Vera se acercó con Miga en brazos. Toño estiró el cuello todo lo que le dejaba el casco.

La etiqueta del n.º 4 dice mucho más que la de Toñito, que no traía ni calle. Esta trae hasta instrucciones.

Alrededor, once sellos de DEVUELTO, rojos y torcidos, como pisadas de un pájaro con prisa. Los conté. Julita ya los había contado.



Vera la fue leyendo con el dedo, renglón a renglón, parándose en cada línea como un tren de cercanías. En la R., el dedo se le paró del todo. Y allí se quedó, sin que pasara nada, como un tren que se detiene entre dos estaciones y nadie dice por qué.

—¿Once veces? —preguntó Julita.

—Once —dijo Mara—. En nueve, el número 7 de la calle del Canal era una pared.

—¿Y por qué no vino con el huevo? —preguntó Julita. Era justo lo que yo estaba pensando: misma dueña, misma calle, misma balda.

—Vino después —dijo Mara—. Lo llevé dos veces, cuando Miga ya dormía en su nido.

—Y dos veces la pared se abrió —dijo Vera—. Las dos dije «todavía no». Miga no volaba. Un equipo de llegada para alguien que no despega es un adorno.

La pared se abrió dos veces. La que no se abrió fue Vera.

—¿Y hoy? —preguntó Mara.

—Ayer Miga eligió mi sopa.

Lo dijo sin mirar a nadie, con la voz llana de quien da una dirección que lleva toda la mañana repitiéndose por dentro.



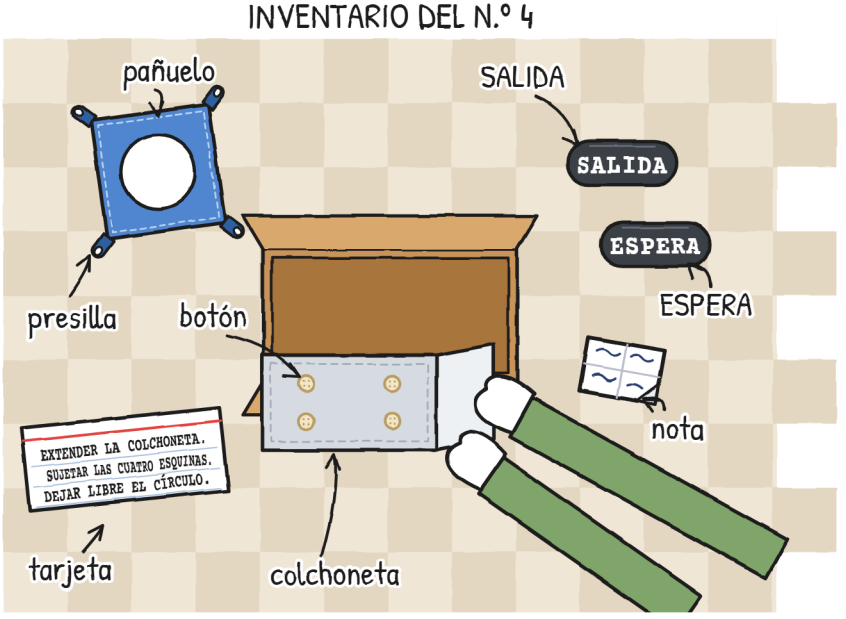
—Abrirlo o probarlo no es recibirlo —dijo Mara, mirándonos a los tres, que somos los que necesitamos oír las reglas dos veces—. Si Vera no firma la etiqueta con tinta que no se borra, al amanecer vuelve.

—Lo sé —dijo Vera—. Solo quiero ver si sirve.

La etiqueta decía ABRIR EN EL SUELO, así que Vera se arrodilló en el suelo de la tienda y lo abrió allí. Toño se había levantado de su caja sin darse cuenta y se agachó a su lado. Contó las piezas en voz alta, tocando cada una con el dedo, como quien carga una furgoneta. Era la primera vez que le oía contar algo que no fueran minutos.

—Una colchoneta, gris, en tres trozos, plegada como un acordeón. Un pañuelo azul con un círculo blanco en medio y una presilla en cada esquina. Dos marcas de goma: SALIDA y ESPERA. Una tarjeta. —Se enderezó—. Cinco cosas. Y una nota.

Al abrir el primer pliegue de la colchoneta aparecieron cuatro botones cosidos, redondos y serios, de los de abrigo de abuelo. Julita unió con el dedo, en el aire, cada botón con su presilla. Nadie se lo había pedido.



La tarjeta tenía tres renglones, escritos a máquina:

1. EXTENDER LA COLCHONETA.
2. SUJETAR LAS CUATRO ESQUINAS.
3. DEJAR LIBRE EL CÍRCULO.

Las dos primeras mandaban hacer algo. La tercera me gustó sin saber por qué: era la única que pedía no hacer nada.

La nota era más corta. Vera la desdobló, la leyó y la volvió a doblar en cuatro, apretando los pliegues con la uña. No la leyó en voz alta.

—Para el patio —dijo.

Y la guardó dentro de la caja. No supe si se lo decía a la nota, a la caja o a nosotros.

A Julita le vi las preguntas haciendo cola en la boca; la primera ya llevaba el abrigo puesto. Le vi también el pie: tac, tac, tac contra el suelo de la tienda, a un ritmo que habría servido para marchar. No preguntó nada. Fue el silencio más ruidoso que he oído en esa tienda.

Preguntas que no hice: seis. Voy mejorando. —J.



Mara puso sus condiciones de siempre sin contarlas con los dedos, porque ya nos las sabemos: el equipo sale con Vera, vuelve dentro de su caja y la etiqueta no se despega, ni por una esquina. Después se quedó en la puerta, con los brazos cruzados y la ventanita de encima abierta, y nos vio irnos por la acera: Vera, con la caja bajo un brazo y Miga en el otro; Toño, andando junto a su bici; Julita, con las preguntas todavía en la boca; y yo, con el cuaderno lila pegado al pecho.

En la calle del Canal, delante del 7, Miga se bajó de los brazos de Vera y apoyó la pata en la placa de latón, a ras de suelo.

La pared se abrió. Los ladrillos del borde se fueron apartando uno a uno, sin romperse, como invitados que se levantan de la mesa para dejarte pasar.

Toño dio un paso atrás con la bici. Ya la había visto abrirse una vez, pero de noche, cuando lo único que se ve de una pared que se abre es una luz dorada. De día impresiona más: se ve todo. Se ve la ropa tendida, la puerta de la cocina, un árbol en una maceta con bolitas amarillas y, en un nido del rincón, un dragón azul que dormía con un ronquido de tetera.

Vera dejó la caja en el suelo del patio y nos puso a los tres en fila.

—Mis condiciones —dijo, contándolas con los dedos—. Una: se ensaya solo conmigo delante. Dos: hay un solo sitio de llegada. Tres: cuando digo «basta», es basta.

Yo lo apunté. Y debajo, porque no sé oír una condición sin querer medirla, dibujé un aparato. Es el tercero de mi carrera: el temblómetro del n.º 2, el rojómetro del n.º 3 y este. Lo llamé AQUÍMETRO, «cuántos sitios le estamos señalando», y le puse una aguja y tres números.

La aguja la dejé en el 0. En la esquina del plano del patio dibujé un plato de sopa con una equis encima y lo rotulé SIN SOPA. Nunca se sabe.

Un aparato para contar hasta dos. Muy bonito. —J.





Extendimos la colchoneta en el medio del patio, los tres cuerpos grises uno detrás de otro, con un ruido de acordeón que se despierta. Julita puso el pañuelo encima y abrochó dos presillas.

—Ya está.

Lo dijo con ese «ya está» suyo que significa «y que nadie me corrija».

—Mira el borde —dijo Vera.

No dijo «te faltan dos» ni «lee la tarjeta». Dijo «mira el borde», que es una orden con la puerta abierta. Pasó un poco de aire y la esquina suelta del pañuelo se levantó, como una oreja. Julita abrochó las otras dos sin decir nada.

Que Julita no diga nada es una noticia.

Lo iba a hacer. Me ha adelantado el viento. —J.

Entonces quise ayudar yo.

Me puse de pie en el círculo blanco, con las dos zapatillas bien plantadas, como quien se sube a un pedestal.

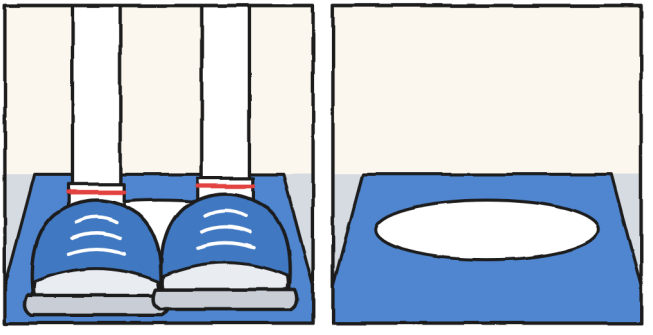
—Miga, aquí. ¡Aquí!

Miga vino andando, muy contenta, con ese balanceo suyo de ir a un cumpleaños, y se sentó en mi zapatilla. Me subió algo por dentro, como cuando suena el teléfono de casa y preguntan por ti.

—Le estás enseñando tus zapatillas —dijo Vera.

Las miré. Blancas, con rayas azules, la suela gastada por un lado. Y por primera vez las vi como las habría visto Miga: desde abajo, enormes, tapándolo todo.

Salí del círculo. Miga miró el círculo vacío. Lo olió. Se metió dentro y se sentó en el medio.



1. Lo que veía Miga

2. Lo que vio después

Vera puso a Miga en la marca de SALIDA, sobre un extremo de la colchoneta, a un metro y veinte del centro del círculo. A nosotros nos puso detrás de la marca de ESPERA, un poco más lejos de lo que a mí me habría gustado.

Detrás de una marca de ESPERA no hay nada que hacer con las manos. Probé en los bolsillos, a la espalda, cruzadas. Acabé agarrando el cuaderno lila como un salvavidas.

—Un salto pequeño. Uno.

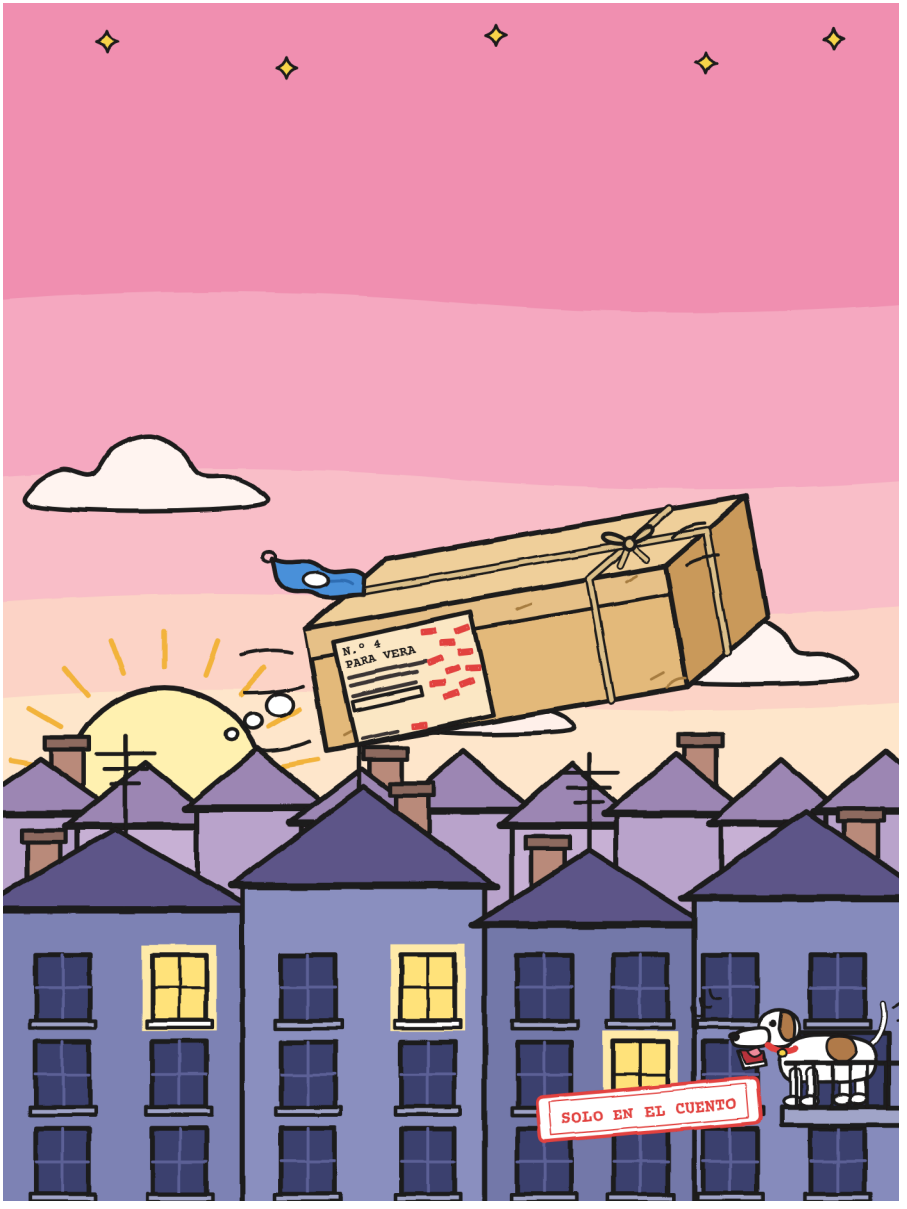
Miga se agachó. Batió las alas, subió un palmo y, a los dos segundos, bajó con las cuatro patas dentro del círculo.

—Basta. Por hoy, basta.

Fueron dos segundos y los sentí en las rodillas. En el patio no aplaudió nadie. Vera tiene un «basta» que apaga hasta los aplausos.

Yo apunté: «Ha venido a mí». La palabra «mí» me salió con un rabito muy bonito. Luego Julita desabrochó las cuatro presillas y levantó el pañuelo para doblarlo. Miga giró la cabeza y lo siguió con los ojos.

Tú estabas detrás de la marca. Ha ido al círculo. —J.


N.º 4
PARA VERA
SOLO EN EL CUENTO

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Este libro existe en seis tallas, de 3 a 16 años, y en más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L cuentan la historia página a página, con los mismos dibujos y cada vez más matices. La XL es la novela: la misma historia, con sitio para todo lo que Guni piensa y no dice.

Niveles del MCER orientativos: XXS, pre-A1 · XS, A1 · S, A2 · M, B1 · L, B2 · XL, B2–C1.

Cada uno en su talla. Mismo círculo. —J.

PARA FAMILIAS Y DOCENTES

Trabaja cada capítulo en linguaula.com (con las actividades de la talla L)